

SANTOÑA
 Trimestre 1 pts.
 Semestre 1'75 »
 FUERA DE SANTOÑA
 Trimestre 1'25 »
 Semestre 2 »
 ULTRAMAR
 Semestre 4 »
 Número suelto 0'10 »
 Atrasado 0'20 »

EL AVISADOR

ANUNCIOS
 columna, linea. 0'15 pts.
 0'30 »
 cuadros, reclamos, esque
 mación, etc. á precios
 sionales.
 LOS PAGOS ADELANTADOS

NÚMERO EXTRAORDINARIO

AÑO VI.

REDACCIÓN
 Calle de Rentería Reyes núm. 1.
 No se devuelven los originales.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS.
 Santoña 12 de Abril de 1900

ADMINISTRACIÓN
 Se suscribe en la imp. de Fermín Hernández
 Calle Rentería Reyes núm. 1.

N.º 260.

SIGNUN CRUCIS

Objeto de veneración ha sido siempre para los católicos el madero santo en que *fué*, llena de vilipendio é ignominia suspendida *la salud del mundo*; y aun cuando los fieles de los primeros tiempos no usaron el signo de redención de otro modo que disfrazado, no por esto ellos, que en sus misteriosos anagramas veían representado el santo singo del cristiano, dejaban de tributarle el debido culto.

Si en todos los tiempos la cruz fortificó la fé de los hijos de la iglesia, hoy á nuestro modo de ver, los fieles tienen una necesidad verdadera de agruparse, estrechando ese árbol de la vida, puesto que él es, según ha dicho San Leon Magno, *la fuente de todas las bendiciones y el manantial de todas las gracias y por ella se dá á los creyentes de la flaqueza virtud, del oprobio gloria, y de la muerte vida.*

Atendiendo á la malicia de los tiempos, y al latándonos á las acusaciones de los iconoclastas modernos, que repiten las de los antiguos, bueno es con signarlo desprovistas que to las ellas se hallan de fundamento, como sucede con todas aquellas que tratan de apagar la ardiente fé que en el pecho del cristiano se halla siempre viva y arraigada.

La Iglesia Católica, Apostólica y Romana, no ha enseñado jamás, como han querido suponer, que la Cruz tenga santidad ni virtud alguna intrínseca.

Para la iglesia, como para todos los Católicos, sus hijos queridos, toda virtud y toda santidad dimanaban de Jesucristo, el cual, al derramar en ella hasta la última gota de su sangre amantísima, redimió al género humano del pecado, rompiendo la cadena con que el infierno le esclavizaba.

Cuando damos nuestra adoración á la Santa Cruz no hacemos más que seguir á San Pedro Damian, que enseñaba que, *honrando la señal de la victoria, honramos al vencedor, y adorando á la Cruz adoramos al mismo que en ella fué crucificado.*

No por eso ha dejado de haber quien acusase de idolátra al cristiano porque adoramos

un pedazo de madera; pero los católicos, siguiendo la sana doctrina de la Iglesia, única que ha de salvar nuestra alma de las torturas del fuego eterno, no adoramos la cruz con culto divino, y sabemos perfectamente que esa es una de tantas calumnias con que los enemigos del catolicismo atacan á la Iglesia infalible, para entibiar las inteligencias débiles en la fé ó entumecidas por la ignorancia.

Nos cruce[m] domine nec colimus, nec adoramus, replicaban á los verdugos los primitivos mártires cuando eran acusados de adorar la Cruz como ellos adoraban los ídolos.

dos los cristianos que quedaban en sus hogares, ostentaban una cruz en sus pechos, ponían una cruz en cada una de las habitaciones de sus casas, y con una cruz por remate adornaban sus palacios y sus chozas.

Es pues, ha sido y será siempre, el *Árbol de redención* motivo de consuelo en nuestras tribulaciones; de fortaleza en los trabajos; de esperanza en las desgracias; de santa alegría y de veneración profunda.

una caridad propia y adecuada á la grandeza del ser infinito que la posee y que solo puede concebirse en el creador de todas las cosas.

En efecto: Dios con ser Dios no ha podido hacer más de lo que ha realizado por el hombre. El pecado original cometido por nuestros progenitores, Adán y Eva, infringiendo una gravísima ofensa al Ser Supremo rompió la amistad que existía entre Dios y el hombre; para la reconciliación necesaria era la satisfacción, mas esta debía ser proporcionada á la majestad y dignidad del ofendido, y como quiera que estas eran infinitas, por ser de un Dios, la satisfacción precisaba fuera también infinita: por consiguiente ninguna criatura hubiera podido prestarla, porque lo infinito solo á la Divinidad conviene, las criaturas son por el contrario finitas. Consecuencia inmediata de lo indicado es que la humanidad ha labase irremisiblemente perdida, el único que la podía salvar era el mismo ofendido.

Más para esto necesario era que Dios se sometiese á un humillación infinita, precisaba se hiciera criatura.

El verdadero amor no repara en sacrificios, no le detiene en su camino las mayores dificultades cuando se trata de salvar al ser amado. Dios acudiría en socorro de sus criaturas. ¿Que para ello es imprescindible que recorra la distancia grande que existe entre él y la criatura? no importa: ¿que la obra de la Redención del género humano exige que ese Ser Supremo se identifique con el hombre? ¿que tome su deleznable naturaleza? ¿que encarne en ella? no importa. El amor no reconoce límites, no repara en obstáculos, antes por el contrario, halla placer en estos sacrificios, encuentra gusto en estas humillaciones; acaso el que ama desea

otra cosa sino identificarse con el amado: sí, ciertamente, y tanto es así que en esto se halla su deseo, aquí encuentra su felicidad.

El gran misterio del amor se ha realizado, el hijo del altísimo ha tomado carne en las entrañas purísimas de una Virgen, se ha hecho hombre, *et homo factus est*, para poder obrar la redención de sus criaturas.

En estos dos misterios se hallan encerrados los dos más grandes beneficios que Dios nos ha otorgado, las dos pruebas más concluyentes de su ardiente amor, hasta tal punto



LA REDENCION

La Iglesia Católica presenta á nuestra consideración en la Semana Santa el inefable misterio de la Redención del género humano. En él resplandece con vívidos fulgores el amor, la caridad de todo un Dios, siendo ésta tan grande, tan ardiente, tan infinita que no es posible imaginarla mayor ni más perfecta, es

En mejores tiempos, cuando la fé animaba los corazones, cuando la vieja Europa miraba como caso de honor los ultrajes, las violaciones y los sacrilegios que los enemigos del nombre cristiano cometían en los santos Lugares, se levantaban ejércitos de caballeros que se honraban con el nombre de cruzados; ellos luchaban y vencían llevando delante de sus ropas un fragmento del Madero santo; ellos derrotaban ejércitos numerosísimos, sin que al emprender una batalla se pararan en la superioridad numérica y ellos, y con ellos to-

que no obstante su omnipotencia no es posible que nos diera otros superiores.

La sublimidad, la grandeza de estos dos misterios fuera argumento más que suficiente para probar la divinidad de nuestra religión, y lo es en efecto para todos los hombres de buena voluntad que buscan el bien, la verdad, sometiendo á ella sus pasiones. No, mil veces nó, jamás hombre alguno ha podido inventar obras tan sublimes, no es capaz la inteligencia de ninguna criatura de concebir, tan siquiera, amor tan inmenso, caridad tan ardiente.

Todo esto sube de punto, se agranda más y más, haciendo notar dos circunstancias que concurren en esta gran obra de caridad hecha por Dios en favor de los hombres, que se llama la Redención. Son estas: la primera; que el Ser Supremo se sacrificó y se humilló por sus enemigos ¿que otra cosa era la humanidad sumida en las tinieblas del pecado original sinó enemiga irreconciliable de Dios?: segunda; no se limita el creador del Universo á realizar lo esencialmente necesario para la Redención del Linaje humano; hubiese bastado á este fin que una vez hecho hombre el hijo del Eterno se sugetase á un sacrificio, á una humillación cualquiera por insignificante que fuere, por que las obras de Jesucristo, por ser las obras de un Dios—Hombre, tienen un mérito infinito y cada una de ellas, la mas pequeña, es suficiente para redimir no á los seres inteligentes del mundo que habitamos sinó á los de innumerables mundos.

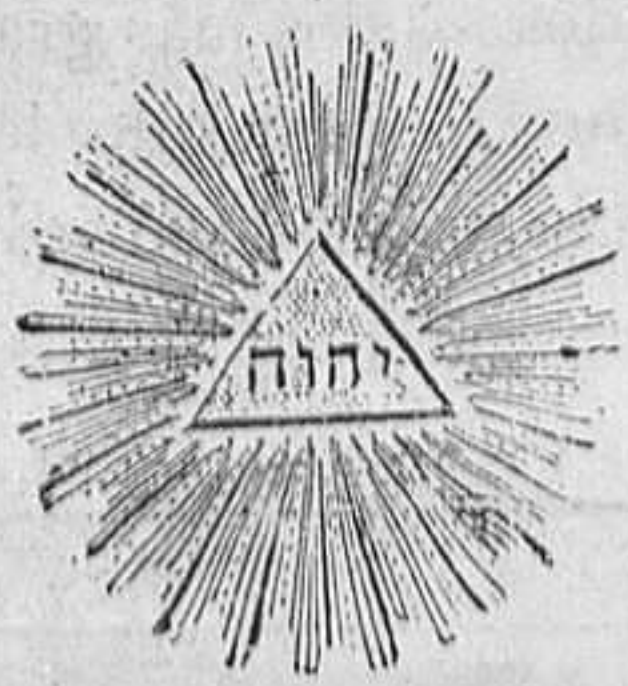
Pues entonces ¿á que sugetarse á tantas penalidades como encierra en sí la pobreza en que nació y vivió? ¿á qué el someterse á las humillaciones tormentos y afrentas, nunca vistas ni oídas, de su dolorosísima pasión y cruel muerte? ¿á qué el querer sufrir no solamente ser tratado como un criminal, sinó postergado á un asesino y ladrón, cual era Barrabás? ¿á que el permitir ser burlado, azotado, coronado de espinas y ser cargado con el instrumento de su suplicio? Para darnos la razón de todo esto acudamos á la única causa que nos la puede explicar y á donde tenemos que acudir siempre para hallar la clave de tan sublimes y divinas abnegaciones, al inmenso amor de Jesus para con nosotros. No quiere poner límite alguno á su generosidad, tiene sed, hambre de padecer por la humanidad, siendo esta sed insaciable y tan infinita cual lo es su ardiente amor, por eso busca con avidez, en el tiempo de su vida entre nosotros las afrentas, las injurias, los tormentos y la muerte y entre todas las muertes, la más cruel, dolorosa y humillante.

¡Cuanta debe ser nuestra esperanza, nuestra confianza en este Redentor nuestro! ¡cuan grande y puro el amor que nos debe inspirar nuestro Salvador! porque ¿el que se ha entregado á la muerte en cruz por los pecadores que nos podrá negar mientras tengamos voluntad de aprovecharnos de su Pasión, de acogernos al refugio de sus méritos infinitos?

¡Oh Religión divina que con tan bellas enseñanzas noblece nuestras inteligencias, dándonos la verdadera cultura, haciéndonos concebir la idea de la abnegación más perfecta, de la caridad más noble, del amor más puro y fiel! ¡Oh sacrosanta Fé cristiana que nos suministra el freno más eficaz para reprimir nuestras pasiones, nuestros desordenados apetitos, que nos alienta á cumplir con nuestros deberes y todo esto con suavidad, con dulzura, por amor, no por la esperanza y servidumbre del temor!

¿Quién te puede odiar conociéndote? ¿quien no te amaré y entusiasmado por tu hermosura te seguirá cumpliendo tus sábios preceptos y practicando tus nobles virtudes? En verdad que tu yugo es suave y tu carga ligera y que solo bajo este tu yugo alcanzaremos la verdadera libertad, la verdadera paz, la verdadera felicidad.

C. M. de C.



NINGUNO ES PROFETA EN SU PATRIA



Quando Jesucristo, Nuestro Señor, dejó el desierto donde había ayunado cuarenta días y vencido al demonio escogió como residencia ordinaria á Cafarnaun.

Desde esta ciudad pasaba, especialmente en las solemnidades, á Jerusalem y lugares y aldeas dependientes de la capital; explicaba su doctrina, daba pruebas de un poder soberano, curaba á los enfermos, consolaba á los pobres, quienes fueron siempre sus mejores amigos y se volvía á vivir entre sus Cafarnaitas.

El lugar ordinario de sus predicaciones era la Sinagoga, pequeños templos que abundaban por toda la tierra de Israel en donde oraban los judios, y los escribas y los fariseos explicaban las Santas Escrituras.

Los particulares de reputación, sabiduría ó virtud podían tambien tomar parte en la explicación de los Santos Libros ya voluntariamente, ya por invitación del que presidía la instrucción.

Por este motivo, Jesucristo, aunque no era ni escriba ni fariseo, se presentaba en ella y explicaba; y sus discursos juntaban á una encantadora sencillez y dulzura, una nobleza imitable, una majestad verdaderamente real y una compasión por los infelices que era el aroma en que envolvía sus palabras y el móvil de todas sus acciones.

Permaneció en Cafarnaun bastante tiempo haciéndole célebre, querido y admirado por aquellas gentes su trato afable dulce y cariñoso su doctrina admirable y los milagros con que asombraba á aquellos sencillos moradores.

Su fama cundió rápidamente por todas partes llegando á Nazaret. Esta ciudad se reputaba por su patria, pues aunque había nacido en Belen, se había criado allí desde su mas tierna edad, había pasado en ella toda su juventud y de la que parece no haber salido sinó para ir á los desiertos de Judá á recibir el bautismo de manos de San Juan.

De Cafarnaun pasó Jesucristo á Nazaret y entró en la Sinagoga el día de sábado á leer y explicar la Segrada Escritura. Cualquiera que trataba de interpretarla leía en pie los textos que elegía ó que le señalaban en seguida se sentaba; los explicaba y exortaba á practicar la doctrina en ellos contenida y así lo hizo Jesucristo.

Los libros eran entonces unas membranas y pergaminos arrollados en un cilindro y por eso se llamaban volúmenes ó envoltorios.

Leído el texto que le señalaron (el del profeta Isaias) se sentó y empezó la explicación.

Todos los presentes tenían puestos los ojos en él, la curiosidad de los Nazareos se hallaba excitada, le escuchaban con profunda atención y se maravillaban, de la claridad de expresión, de la fluidez de su palabra, de su dulzura, de su sabiduría, de su majestad.

Todos le alababan, le ensalzaban y la eficacia de su palabra era pregonada por todos.

Su gozo no tenía límites al contar entre sus conciudadanos tal portento de sabiduría.

Pero alguien hubo de insinuar con envidiosa malicia;—¿Pues qué, no este el hijo de José el carpintero? ¿No es este hijo de aquel pobre carpintero que no tenía más riqueza, ni más patrimonio que su trabajo?—Y á este le hemos de creer por el Mesías?—¿Y este es El que esperamos lleno de magestad, poder, riquezas y honores?

Y aquellos Nazareos tan entusiastas de su paisano el día anterior, tan enorgullecidos de ser compatriotas suyos, principiaron á mirarle con desden primero, con envidia luego y por último con odio

¿Por qué, decían, por qué no hacen entre nosotros los milagros que hace en Cafarnaun? —¿Por qué no los hace aquí mayores que en otros pueblos que no son su patria?

Ya veo, les dijo Jesús, que me reconvenis con el antiguo proverbio, «Médico, cúrte á tí mismo,» haciendo en tu pueblo lo que haces en otros; pero yo os aseguro que *ningun Profeta es acepto en su patria*. Muchas viudas había en Israel en tiempo de Elias; á ninguna fué enviado sino á la de Sarepta, de Sidonia. Muchos leprosos había en Israel cuando Eliseo, ninguno fué curado sino Naaman, general Sírio.

Estas comparaciones dieron motivo á los Nazareos para echar á Jesús no solo de la Sinagoga sino del pueblo, intentando despeñarlo desde la cumbre del monte cercano á la ciudad.

Jesucristo volvió á Cafarnaun y á los pueblos de sus contornos y todos le miraban como enviado de Dios, como un Profeta extraordinario, como el Mesías esperado; le seguían, le alababan, le bendecían y escuchaban con indecible placer.

Los de Nazaret seguían viendo en Él, solo al hijo del carpintero José.

«En verdad, en verdad os digo que *ningun Profeta es acepto en su patria.*»

JOSÉ LAIN.



¡Creo en Dios!

¡Qué magnífica noche!... Todo es calma.
Escondido entre flores yace el viento,
Temiendo perturbar con un lamento
Este silencio que arrebató el alma.
Yo no sé ni en qué pienso, ni qué siento:
Me absorbe los sentidos esa altura,
Donde mil mundos navegar admiro;
Ese misterio de la selva oscura;
Ese apagado acento

Del ancho mar, do retratarse miro
El diamantino azul del Firmamento...
¡Oh que piélago inmenso de dulzura!
Tanto siento mi alma ensimismada,
Que de tanto sentir, no siento nada!

Muda expresión de la ligera bruma:
Ayes de amor, que á modular se ensaya
La nacarada espuma,
Que al mecerse la mar deja en la playa:
Ecos lejanos de fugaces notas:
Vagas hondas de místicos sonidos:
Suspiros y rumores
Que, en las alas del aura adormecidos
Vienen de esferas y región ignotas
Llorando penas ó cantando amores...
Todo, todo en su célica harmonía
Me inspira la más santa poesía;
Todo pregoná á un Dios, y todo, todo
Convida á la oración al alma mía.

¡Númen eterno, ordenador potente,
Autor del Universo, soberano,
Cuyo trono es el cielo refulgente,
Cuya voz es el trueno, cuya mano
Empuña con furor el rayo ardiente!
Yo te adoro, Señor!... en tu ser creo;
Doquier absorto tu existencia miro;
Esculpido doquier tu nombre leo.
Desde esos mundos, que en acorde giro
Brillan rodando por la esfera umbría,
Hasta el átomo sutil é invisible...
En todo, en todo tu poder admiro:
En todo te contempla el alma mía.

Yo creo en tí, Señor!... porque te siento
A mi vida imprimir el sacro aliento,
Motor que hace á mi mente gigantea
Brotar rico, admirable pensamiento,
Hermosa concepción, sublime idea.
Tú en mi pupila de materia inerte
Hicistis irradiar viva mirada;
Y me diste, Señor, para quererte
Este robusto corazón de fuego,
Y esta alma, con tu imagen adornada,
Para que siempre te creyera, ciego.

Yo creo en tí Señor! Tuya es mi vida:
Tuyo todo mi ser, tuyo mi canto
Y tuya esta mi fé, do te recreas.
¡Solo tú el grande, el poderoso, el santo!...
¡Por los siglos sin fin bendito seas!

Antonio de la Ouesta.



Hermosura de Jesucristo



Los están conformes los Padres de la Iglesia respecto de la hermosura física de Jesús. San Basilio, San Cirilo, San Faustino, San Clemente y otros afirman que Jesús por humildad había tomado la forma de un esclavo, careciendo de magestad, elegancia y belleza. Parece apoyarse esta opinion en el siguiente pasaje de Isaias: «Cristo es sin belleza y sin expresión; le hemos visto y no tiene nada de hermoso, y le hemos desconocido;» pero ha de tenerse en cuenta que el profeta Isaias en este y otros pasajes expone el lastimoso estado á que había sido reducido Jesús después de los indecibles tormentos de la Pasión.

La opinión comunmente seguida hoy por pintores y escultores de fama, se funda en las palabras de San Juan Damasceno, San Bernardo, San Gregorio, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín, San Crisóstomo y otros muchos que se muestran partidarios de la belleza física.

Dice el primero que era «de elevada estatura, ojos hermosos, cabellera rizada, barba

Imágenes de Jesús

Muy raras eran las imágenes de Jesús en los primeros tiempos del Cristianismo. Hácese mención en esta época de la imagen llamada de Edero, ó de la Verónica, y de las atribuidas á San Lucas, á Nicodemus y al mismo Pilatos, imágenes cuya autenticidad no está bien aprobada.

Aparte de los retratos del Salvador atribuidos á la secta de los gnósticos, consistentes en estatuitas muy pequeñas de oro, plata y otras diversas materias, refiere la historia que el emperador Alejandro Levero tenia entre las imágenes de sus dioses lares las de Jesucristo y Abrahan á los cuales tributaba los honores de la divinidad como á dioses del paganismo.

Tanto esta imagen como la que existe en la capilla de San Calixto en Roma cuya antigüedad se hace remontar al siglo segundo, se aproximan al tipo descrito en la carta de Léntulo al senado romano.

Mas tarde se multiplicaron las imágenes del Salvador de una manera considerable, obedeciendo los artistas á los dos principios antes señalados, es decir, el de la belleza ó fealdad de Cristo, siguiendo las opiniones de los Padres de la Iglesia griega ó de la latina, que trataban de diferenciar de este modo la preponderancia que habia de darse en la repre-

sentación de Jesús á la naturaleza humana sobre la divina, ó viceversa. Jesus representado con barba, humanizado todo lo posible fué el de los padres de la Iglesia en Asia y Africa; Jesús adoscente, imberbe, casi niño fué el Jesús de la Iglesia latina.

No aparece la figura de Cristo crucificado hasta muy entrada la era cristiana siendo aun más adelante mucho más numerosas las representaciones de Cristo en los diversos pasajes de su vida que en el de la Crucifixión.

La imagen de Cristo crucificado se presentaba antiguamente con túnica, que fué acortando más tarde hasta el siglo XIX en que se representa tal cual la vemos.

En España hay crucifijos notabilísimos entre otros el de Alonso Cano, el debido al escultor Zarcillo, que existe en el Hospital de Cartagena, y el famoso Cristo de Martinez Montañés.

Leámos en el Crucifijo como en un libro abierto, las enseñanzas del Maestro de las Naciones que se ha colocado en lo alto de la Cruz para atraer á sí todas las cosas y unir á los hombres que estaban dispersos, como rebaño sin pastor, con Él aquí por la gracia y en la eternidad por la visión beatífica.

I. C., PRTR.

copiosamente brotó de mis manos, de mi costado y de mis piés, hasta regar toda la tierra para la redención del humano linage. Consumatum est. Así lo he decretado. Con la muerte del Hombre Dios] el infierno quedó vencido, la muerte destruida, borrada la iniquidad, reconciliado el cielo con la tierra, y el hombre con Dios. Finalmente, yo invito á todos los hombres de la tierra sin distinción de clases, lo mismo al sábio que al ignorante, al constituido en autoridad como al que obedece y al poderoso y al pobre, para que entren en un templo católico, se postren ante la inocente víctima que agoniza en la Cruz, y verá claramente que su pasión y muerte reconocen por causa el pecado. Lloremos en estos dias de penitencia con lágrimas de verdadero arrepentimiento todas nuestras iniquidades, y no despreciemos el indulto que de nuestras culpas nos otorga en el Arbol de la Cruz el Redentor de la humanidad.

V. M. S.



Rápida.

.... Y lerdas ráfagas de mortecina luz matizaban la alta cúspide del monte.

Por occidente surgen los cárdenos vapores donde se quiebra en mil cambiantes el último destello de luz.

Negros nubarrones se levantan por Oriente cubriendo los vívidos resplandores de las estrellas y amortiguando el pálido brillo del astro de la noche.

De la esmaltada vega se elevan estuivos que exhalan mii y mil florecillas campestres for mando diáfana nube que envuelve á una cruz y á un mártir que redime al mundo.

¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu! dice, é inclinando la hermosa cabeza, sobre la que resplandece immaculado brillo de su divinidad dió su espíritu con la sonrisa en los labios y el corazón henchido de placer por haber sufrido tan cruento martirio solo por amor á la ingrata humanidad, por llevar al seno de su Padre á los miserables desterrados que osaron sin piedad mortificar su cuerpo y vertieron su preciosa sangre, sin dolor ante el de aquella madre celestial que al pié de la cruz agonizaba.

R. Mur.



Aunque no han llegado á nuestro poder, á su debido tiempo, los clichés pedidos, sin embargo, publicamos el número para cumplir con nuestros abonados el compromiso contraído, suplicándoles nos perdonen esta falta que somos los primeros en lamentar y que por nuestra parte no ha podido ser solucionada.



negra, rostro de color de trigo, como la Virgen, dedos largos, voz sonora y palabra suave.» Y San Bernardo con aquel entusiasmo y aquella dulzura que le valieron el sobrenombre de «Doctor melifluo,» declaraba que «la belleza física de Cristo superaba á la de los tu-geles.»

Como el sol entre los astros, así brillaba Jesús entre los hombres por su hermosura. Él era, como lo canta el Profeta, el hermoso por excelencia, el blanco, rubio, bello y escogido entre millares, que buscaba la Esposa sagrada.

La hermosura de Jesús no era aquélla que San Jerónimo llama «olvido de la razón;» Sócrates, «tirano de poco tiempo;» Teofrasto, «engaño escondido;» Eurípides, «cosa infeliz;» Laercio, «ageno bien;» y Petrarca, ruinoso escándalo; sino la que daba vida á la recta razón encadenada al tirano de todas las almas, descubria á todos la verdad encubierta, enriquecía á los que la miraban de propios é inefables bienes, y no sólo no escandalizaba, sino que después de deleitar todos los sentidos, encendia en los corazones el doble amor de Dios y del prójimo. San Lorenzo, primer patriarca de Venecia refiriéndose al Divino Maestro exclamaba: «Quien fué nunca tan hermoso.... Quién más sabió?... Pulcro en sus costumbres, maduro en sus pasos, feliz en los discursos, circunspecto en la conversación, severo en la réplica, blando en la exhortación, suavísimo en el trato y digno de veneración en todas sus obras.»

Descripción de la persona de N. S. Jesucristo

Los artistas, especialmente los pintores han representado generalmente á Jesús de conformidad con la descripción que de el hacen Léntulo, proconsul de la Judea en una carta dirigida al Senado romano al dar cuenta de la existencia y hechos de Cristo, y Nicéforo. Dice el primero:

Lentulo á Octaviano, salud

«En nuestros tiempos ha aparecido y existe todavía un hombre de gran virtud llamado Jesús Cristo y por las gentes profeta de la verdad.

«Sus discípulos le apellidan Hijo de Dios el cual resucita á los muertos y sana á los enfermos.

«Es de elevada y bien proporcionada estatura; su rostro es severo y lleno de virtud de suerte que los que le miran pueden á la vez amarle y temerle. Sus cabellos, de color castaño, son lisos y sin brillo alguno hasta el nacimiento de las orejas, pero desde éstas hasta los hombros son rizados y brillantes descendiendo luego por la espalda, divididos en dos partes á la manera de los nazarenos.

«La frente es pura y tersa; su fisonomía sin tacha, ligeramente sonrosada; su nariz y boca irreprochables; su barba abundante, del color de sus cabellos y bifurcada; sus ojos azules y brillantes; su porte modesto y gracioso; su talle esbelto; las manos largas y afiladas, y sus brazos hermosos.

Si reprende ó censura, es temible; si exhorta ó instruye tiene la palabra amable y acariciadora. Nadie le ha visto reir, pero sí le han visto varias veces llorar. En su conversación es grave, y por último es el más modesto y singular entre todos los hijos de los hombres.»

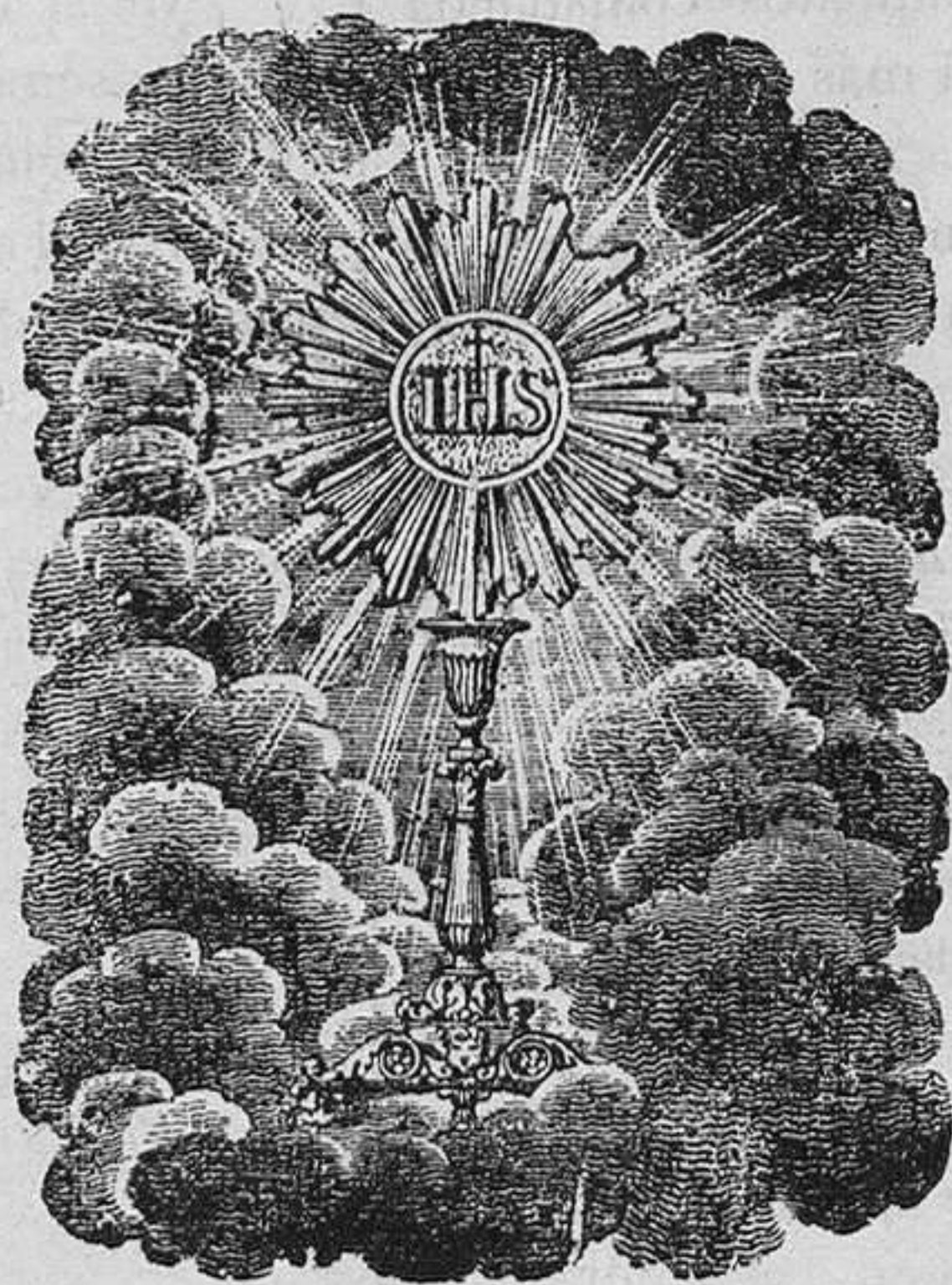
No difiere mucho de esta descripción el retrato de Jesús que, según la tradición hace Nicéforo con estas palabras:

«Egregio fué su rostro y lleno de vida. Su estatura media era de siete piés. Blanca fué su cabellera, y no muy densa y ligeramente rizada. Negras las cejas, pero no curvadas, la barba del color castaño y de menos longitud que los cabellos de la cabeza, los cuales nunca fueron cortados ni tocados de mano alguna, sinó de la de su madre, cuando era pequeño. El cuello un poco inclinado conforme al pasar de todo el cuerpo que nunca era rígido é inflexible. Su cara, ni redonda ni demasiado aguda, tenía el color trigueño y un poco sonrosado. Su aspecto revelaba su gravedad, prudencia y mansedumbre. En todo era muy parecido á su madre immaculada.»

JESUCRISTO AGONIZANDO EN LA CRUZ



El novecientos años han trascurrido ya desde que tuvo lugar este acontecimiento grandioso y para siempre memorable de nuestra redención; jamás se olvidará este suceso, porque está escrito en la historia con la purísima sangre del Hombre Dios. Me atrevo á afirmar que no hay cristiano alguno por indiferente que sea, que en estos de la *Semana Santa* en que la Iglesia nuestra madre conmemora el aniversario de la muerte de Cristo, no sienta conmovérsele las fibras de su corazón, al considerar el crimen más atroz que nunca volverán á ver los siglos, haciendo morir en un patíbulo al hijo de Dios en medio de la tormentez más espantosa que han podido inventar la malicia de los hombres, hasta el extremo de obligarle á exclamar, dada la intensidad de sus dolores, en estas sentidas frases que salieron de sus labios divinos! «Dios mío, Dios mío porque me has desamparado.» Vamos al lugar en donde se realiza esta escena que en el Monte Calvario, subamos á su cumbre que so es muy elevada, fijémonos en el patíbulo que allí se ha alzado con el fin de



ser visto desde todas las partes del mundo, contemplemos detenidamente el cuadro tan sorprendente que se ofrece á nuestras miradas, y veremos en el árbol de la Cruz al hermoso niño que nació en Belen, cubierto de horrible palidez cerrarse sus ojos lentamente como la losa de un sepulcro, apagándose su última voz en sus labios moribundos. «En tus manos, Señor encomiendo mi espíritu» dice con voz formidable, y espira inclinando su dolorida cabeza. Consumatum est: Los hombres han consumado la obra más grande de la iniquidad, consumaron el más negro y horrendo de todos los crímenes, el deicidio. Consumatum est, solamente Jesucristo verdadero Dios y verdadero hombre pudo pronunciar con verdad estas palabras.

¡Desgraciado el que cerrando los ojos á la ley de la verdad vive voluntariamente en la noche perpétua del error y de la incredulidad! Porque llegará el último momento de su existencia, y entonces Jesucristo Juez de vivos y muertos les dirá, no con voz débil y apagada como en la Cruz sino con acento grave y severo consumatum est. Ha terminado tu vida y con ella tus ingratitudes, iniquidades y pecados; sonó la hora solemne marcada por Dios en su decreto divino de cumplirse su justicia, porque despreciaste los tormentos que sufrí en el leño de la Cruz y pisaste la sangre que

TIBERIEDADES.

La tarde va á morir. Desde la altiva
cumbre del sur que cierra el panorama,
con transparencia luminosa y viva,
del sol se extingue la sangrienta lláma.

La cresta del Safed radiante brilla
y en los picos de Hermón, blancos de hielo,
se copia y resplandece la amarilla
crepuscular coloración del cielo.

El terso lago, con vaivén suave,
aquieta el golpe de sus mansas olas,
y estan, en medio del silencio grave,
sola su faz y sus riberas solas.

Vénse á su orilla rústicas cabañas
de pescadores por el sol curtidos,
en cuyos techos de pajizas cañas,
tejen las aves de la mar sus nidos.

Genezaretz eleva sus jardines,
de tamarisco y de laurel poblados,
que esparcen por los plácidos confines
sus alientos de flor embalsamados.

Y más allá, la vista se derrama
por una feracísima llanura,
que se extiende en brillante panorama,
toda llena de manchas de verdura.

Es la hora del amor; ventisca leve,
con rumor de áeteos de paloma,
las finas lenguas de las palmas mueve
por los boscajes de la abrupta loma.

Es la hora en que la tierra se desmaya,
la hora en que el canto de las aves cesa,
la hora de amor en que la verde playa
se duerme al sôn del agua que la besa.

Se hunde el paisaje en infinita calma,
y al turbio rayo de la luz del día,
se reconcentra y se emociona el alma,
con íntima y tenaz melancolía.

Ved. Ya Jesús sobre la vieja nave
que el brazo de Simón hundió en la arena,
dirige á sus discípulos, suave
predicación de venturanzas llena.

¡Cuán grande y cuán hermosa su figura
parece ante la turba que la admira!
Su larga y empolvada vestidura,
en sueltos pliegues, por el viento gira.

Obscuro es el color de sus cabellos
y correcto el perfil de su semblante,
garzas las tintas de sus ojos bellos,
dulce el acento de su voz vibrante.

En su oración sinfónica armonía
llena de notas lánguidas y graves,
sombra y luz, sol y nieve, noche y día,
rumor de olas y cantar de ave...

Al eco de su voz viva y ardiente,
¡con qué emoción la turba galilea
en su alma tosca germinar presente
de un culto nuevo la confusa idea!

Culto que al golpe ideal de la palabra,
cobra de Fé y Amor aliento y vida,
inmaterial encarnación que labra
al bien eterno redentora egida.

Habla á los pobres que con hondo anhelo
escuchan sus consejos inspirados:
«Mi reino de humildad no es este suelo;
mi reino es otro.» «¡Bienaventurados...!»

Y mientras que Jesús al bien incita,
el rojo sol se pierde en lontananza,

y se asombra la bóveda infinita
sobre un cielo de amor y de esperanza.

SALVADOR GONZALEZ ANAYA.



Jesucristo y los pobres



No hay más que echar una ojeada
por la historia antigua para obser-
var un hecho tan triste y desconsola-
dor como injusto é inhumano.

Los pobres fneron tenidos por las
sociedades antiguas como de raza distin-
ta, inferior á los llamados hombres libres y
sujetos á una vida de abyección, de trabajos y
de vileza.

La esclavitud era considerada como ele-
mento indispensable para la constitución de
aquellas sociedades y sin la que no podían
subsistir las familias.

Los Sudras en la India eran mirados co-
mo de condición tan baja que no debían ni
leer los Vedas (sus libros santos) bajo pena
de muerte.

Los pastores egipcios, los ilotas lacedemón-
nios, los esclavos de Atenas y Roma no tenían
ni podían aspirar á ningun derecho social: so-
lo eran forzosos servidores de los hombres li-
bres, de los ciudadanos y por estos tenidos
como bestias de carga ó como mercancía.

La vida de un esclavo, la de cientos de
esclavos no valían para aquellos ciudadanos
ni la menor molestia, ni el más pequeño dis-
gusto.

Por romper un vaso mataba un amo á su
esclavo como quien quita de enmedio á un
insecto.

Otro arrojaba á un estanque para alimen-
tar á las murenas *por que así tenían mejor sa-
bor al primer esclavo, mujer ó varon, que se
le antojaba.*

En Roma habia la bárbara costumbre de
condenar á muerte á todos los esclavos que
pertenciesen á un ciudadano si este moría
asesinado.

Así sucedió cuando la muerte de Pedanio
Secundo. Nada menos que 400 esclavos fue-
ron condenados al suplicio.

¿Y qué decir de los juegos y diversiones
públicas? Para distraer á un pueblo degradado
y brutal se arrojaban cientos de esclavos al
circo que murieran matándose unos á otros ó
luchando con las fieras.

Otro mataba en un festín á un esclavo solo
por probar el flo de su espada.

Habia llegado á tal exceso en Roma el
número de esclavos que muchos ciudadanos
los tenían por centenares. Pudentila *regaló* á
sus hijos 400 esclavos. Esto habia llegado á
ser objeto de lujo, lo mismo que hoy lo es el
presentarse con magníficos trancos de caba-
llos y lujosos trenes.

Filósofos como Aristóteles dicen hablan-
do de la esclavitud: *Bien quiere la naturaleza
procrear diferentes los cuerpos de los libres y
los de los esclavos* y añade haber la misma di-
ferencia entre el amo y el esclavo que entre
el bruto y el hombre.

Para terminar: la raza de los esclavos era
una raza vil, degradada, marcada con sello
infamante, destinada desde su nacimiento á
ese estado de abyección y ruindad.

Este era el estado de las ideas, esta la
constitución de las sociedades cuando aparece
el Salvador del mundo y su divina palabra es
es el ariete que derriba aquellos gentílicos mo-
numentos, su doctrina es el huracán que lim-
pia á las sociedades de aquella inhumana ins-
titución, su ejemplo infunde en los corazones
el amor al prógimo.

El habia nacido pobre, se habia criado en-
tre pobres y á los pobres son á los primeros
que llama, los instruye, los eleva hasta Él y
los dignifica.

Bienaventurados los pobres de espíritu, de-
cía, esto es, aquellos que siendo pobres aman
la pobreza y los que siendo ricos obran como
si fueran pobres *por que de ellos es el reino de
los cielos.*

Bienaventurados los mansos, esto es los
humildes, *porque ellos poseerán la tierra.*

Pobres eran los ciegos que curaba, pobres
los endemoniados á quienes libraba de tal es-
clavitud, pobre el paralítico de la piscina, po-
bres á quienes instruía y predicaba.

A un hijo de un rico que se le acercó pi-
diéndole un consejo para salvarse le contestó
«Ve, vende cuanto tienes, repártelo á los po-
bres y sígueme.

«En verdad, en verdad os digo, enseñaba
en otra ocasión, que más fácil es que pase un
camello (un cable dice el texto griego) por el
ojo de una aguja que un rico en el reino de los
cielos.

¿A que seguir? Todos sabemos tan cele-
stial doctrina. Es decir, todos no. Pues hay
quien la combate pretendiendo arrastrar á los
menesterosos á los utópicos ideales de un so-
cialismo ateo con el pretexto de favorecer al
pobre.

Por eso escribo esto, para hacer ver que
Jesucristo primero y sus apóstoles y discípulo-
los después han sido quienes sacaron al po-
bre del estado abyecto en que yacía y á quien-
es le deben el ser hombres y no brutos, co-
mo quería Aristóteles, personas y no cosas.

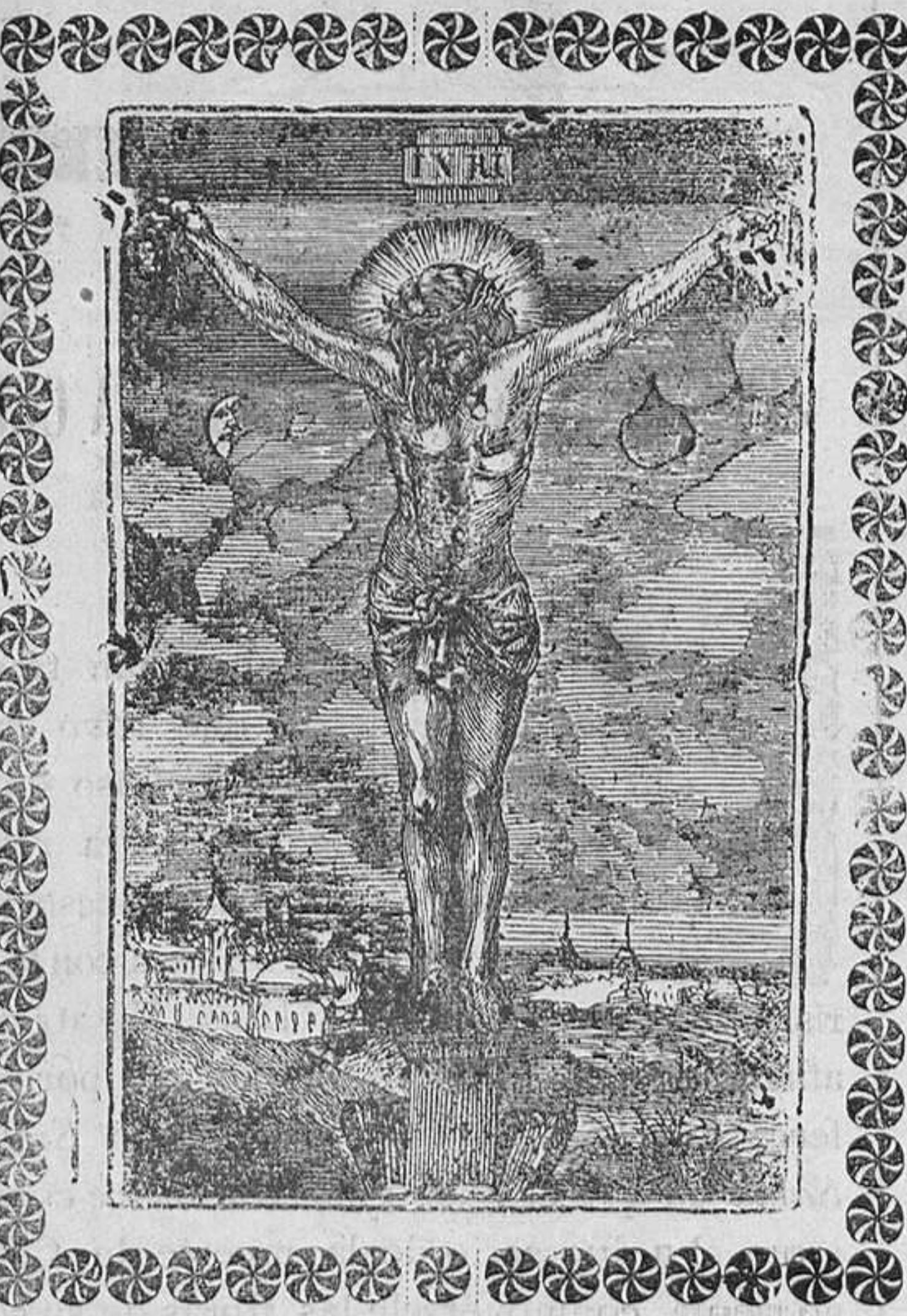
Ya no se mata á un hombre por que rom-
pa un vaso, ni se le hecha para engordar
peces, ni se le arroja al circo á morir entre las
garras de un tigre al son de los alaridos y
aplausos de los espectadores.

Todos sois hijos de Dios, decía San Pablo;
todos hemos sido bautizados para formar un
solo cuerpo, ricos y pobres, *esclavos y libres*
todo y todos en Cristo.

¡Ah! si los que nos llamamos cristianos,
practicásemos la celestial doctrina, si para se-
guir al Divino Redentor arrojásemos lejos de
nosotros el afán de las riquezas, el lujo y los
placeres y diésemos entrada en nuestro cora-
zón al mandamiento «Amaos los unos á los
otros» no veríamos con pena esas turbas de
hombres hambrientos que siendo nuestros
hermanos carecen de lo necesario mientras
nosotros gastamos tontamente cantidades que
bastarian para alejar de esos hogares el hor-
rible espectro del hambre y aseguraríamos
la gloria....

«..... porque tuve hambre y me disteis de
comer, tuve sed y me disteis de beber.»

J. L.



El Salvador en la Cruz.

Al ver, Señor, que de la cruz pendiente
Blando perdonas al feroz deicida,
La lumbre de tus ojos extinguida,
De espinas coronada tu alba frente;
Al contemplar la Imágen del Patente
Con raudales de sangre oscurecida,
Y entre fúnebres sombras al que es vida
De los mundos y sol indeficiente,
Apágase en mis labios el acento,

Y el corazón, cual nunca desgarrado
Lanza angustioso lúgubre suspiro;
Más, cuando al hombre en tu postrer aliento
Salvas de las cadenas del pecado
Almo consuelo en mi dolor respiro.

EL VIERNES SANTO

Mientras de luto universal se viste,
Sus galas ocultando, la natura,
Y esconde el sol, entre tiniebla oscura,
De pavor lleno, su semblante triste:
Mientras hinchado el mar con furia embiste
Al árduo monte y á la roca dura,
Y en firmísimos ejes mal segura
La tierra apenas su temblor resiste,
Súbite eleva las convulsas manos:
Salén absorta al indignado cielo,
Y el pecho hieren en su dolor profundo,
Al ver que entre verdugos inhumanos
Muere en la cruz, con amoroso ahelo
Hoy, por el Hombre, el Hacedor del mundo.

Francisco Rodríguez Zapata.

Máximas y frases.

Amemos á este único amor de nuestras
almas, porque Él nos amó primero, y nos
ama con tanto amor que por nosotros se que-
dó y se consume de continuo en el Santísimo
Sacramento.

(B. Margarita Alacote.)

En Aquél que es nuestra esperanza de la
vida eterna, está el modelo de nuestra pa-
ciencia; y si padecemos con él, reinaremos en
su compañía.

(San León.)

La Pasión de Jesucristo es obra enterá-
mente de amor.

(San Pablo de la Cruz.)

Despidese Jesus de su santísima madre.

Viendo la Virgen á su Hijo en pié, se re-
tiró á lo secreto de su aposento á esperar el
último abrazo y despedida que tanto dolor le
había de costar, cuando le ve entrar con el
sosiego y mesura acostumbrada, encendido el
rostro del trabajo de haber lavado los piés y
del largo razonamiento que habia hecho des-
pues de la cena, y mucho más del grande fer-
vor de su abrasada caridad; y puesto delante,
con el amor y reverencia que tal Hijo debía
á la Madre, «Señora, le dice, no vengo á de-
cir cosa que no sabéis, sino á despedirme
para lo que ya sabéis. Muchas veces he des-
cansado con Vos tratando de ello; dad gracias
á Dios, Señora, que os ha cabido en buena
suerte tener un Hijo que haya de morir por
justicia, pero para satisfacer á la Justicia divi-
na y para justificar á los hombres y reconcilia-
rlos con Dios.»

(P. La Palma, S. F.)

En la cruz todos hallan virtud y fortalez.

(San Crisóstomo.)

Nervos de Dios, hijos de la santa Iglesia,
que conocéis la regla segura de la fe y cami-
nais por la senda segura de la verdad, no os
dejéis arrastrar por oír las voces que da cada
una de las falsas sectas.

(San Epifanio.)

Uno de los soldados abrió con la lanza el
costado de Jesus, para que allí se abriera en
cierto modo la puerta de la vida, donde dima-
naran los Santos Sacramentos de la Iglesia
sin los cuales no se encuentra lavida.

(San Agustín)



Imp. de EL AVISADOR.—SATOÑA.